
Introducción

Recuerda, hombre, que eres polvo, eres ceniza, y al polvo volverás (cf. Gén 3,19). Estas palabras resuenan cada Miércoles de Ceniza, al comienzo de la Cuaresma. Las escuchamos cuando se nos colocan las cenizas en forma de cruz sobre nuestras frentes. Esta es nuestra vida; somos polvo y al polvo regresaremos. ¿Quién nos salvará de este camino a la muerte?

Si este es el caso, si somos como el polvo, quizás la mejor respuesta sería seguir al poeta latino Horacio: *Carpe diem!* “Aprovecha el día”, agárrate a él, pues es lo único que tienes. Vive el presente sin preocuparte del futuro. No preguntes mucho. Simplemente diviértete. “Mientras que hablamos, ya se habrá esfumado el tiempo envidioso: vive el día, confiando lo menos posible en el siguiente” (*Odas*, libro 1, n. 11).

De las cenizas al agua

La propuesta de Jesús es muy diferente de la de Horacio. Nosotros somos polvo, cenizas, pero no estamos llamados a vivir en una perpetua e insufrible búsqueda de placeres mientras vivimos. El mismo que dijo: “Recuerda hombre que tú eres polvo” (cf. Gén 3,19), en las primeras páginas de la Sagrada Escritura, proclamó en la última página: “He aquí que hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5), incluyendo también el polvo y las cenizas.

La Cuaresma es la propuesta de Jesús para ti y para mí. En estos cuarenta días nos quiere explicar el camino de nuestra vida. Somos polvo, somos como cenizas, pero a través de nuestro encuentro y amistad con Jesucristo somos transformados en una criatura nueva. Si permanecemos en él recibiremos el agua de la Pascua y, junto con ella, la vida eterna. Desde este punto de vista, estas cenizas no son solo un signo de muerte, penitencia y mortalidad sino también, como excelente abono natural, promesa de vida nueva. En ellas podemos descubrir un signo de verdadera esperanza. Así entendemos el itinerario de esperanza de la Cuaresma: de la ceniza al agua, del desierto al paraíso. Comenzamos la Cuaresma con el Miércoles de Ceniza y la terminamos con la Pascua de Resurrección, cuando recibiremos el agua de la vida.

Permíteme recordarte que estas cenizas no son uno de los siete sacramentos instituidos por Cristo, sino un sacramental, un signo instituido por la Santa Iglesia. Estas cenizas han esperado este momento por más de diez meses. Vienen de las palmas que fueron bendecidas el Domingo de Ramos del año pasado. Por lo tanto, mantienen una profunda relación con la Pasión de Cristo y con nuestra oración y alabanza: “¡Hosanna! ¡Bendito es el que

viene en el nombre del Señor!” (Mt 21,9; Sal 118,26). Si Jesús pudo darle nueva vida a Lázaro, y hubiera podido transformar piedras en hijos de Abraham (cf. Jn 11; Mt 3,9), él podrá transformarnos a nosotros, polvo y cenizas, en esas palmas que serán usadas para recibir a Jesús como Rey y Mesías.

De las cenizas al agua. El camino de la Cuaresma nos ayuda a entender el camino de nuestra vida. Dios no nos ha creado como cenizas. En el principio nos creó de la nada a través del amor de nuestros padres. La Biblia nos dice que Dios nos formó del barro de la tierra y sopló en nosotros su aliento de vida, su espíritu: de la nada al barro y del barro a la carne. Pero entonces, en la página siguiente, leemos la historia de la desconfianza y la desobediencia de Adán y Eva. Los que eran amigos de Dios, pasaron a causa de su pecado de la carne al polvo y la ceniza. ¿Qué será lo siguiente? ¿De las cenizas... a la nada, al vacío? La Cuaresma es la proclamación de la buena nueva. Estas cenizas están llamadas a recibir el agua que viene del corazón de Cristo. ¿Qué será lo siguiente? Una nueva creación: de las cenizas a una nueva vida, a la vida de los amigos de Dios. De las cenizas a la divinización.

Cuarenta: tiempo para confiar en el poder de Dios

Como podemos ver, la Cuaresma es un tiempo especial en el que se nos llama a confiar en el poder de Dios. Estos cuarenta días nos hablan del trabajo de Dios en nosotros. En la Sagrada Escritura, cuarenta es un número simbólico que representa el largo tiempo en el que Dios nos purifica, nos transforma y nos prepara para encontrarnos con Él. La referencia principal de estos cuarenta días es Jesús, que pasó este tiempo ayunando en el

desierto antes de comenzar su ministerio público (cf. Mc 1,13; Lc 4,2).

Al ayunar “cuarenta días y cuarenta noches”, Jesús se presentó como el cumplimiento del Antiguo Testamento. Por supuesto recordamos que Moisés pasó cuarenta días en el Monte Sinaí cuando recibió la Ley de Dios. Después, tras el becerro de oro, subió de nuevo y ayunó otros cuarenta días y cuarenta noches (cf. Ex 24,18; 34,28; Dt 9,9-25; 10,10). Más tarde, debido a su falta de fe, los israelitas irían a deambular en el desierto por cuarenta años (cf. Ex 16,35; Núm 14,33-34). Pero podemos considerar muchos otros ejemplos. Por ejemplo, el profeta Elías viajó cuarenta días al Monte Horeb para encontrar a Dios (cf. 1 Re. 19,8); el profeta Jonás predicó que Nínive sería destruida en cuarenta días (cf. Jon 3,4); y el profeta Ezequiel permaneció acostado en su lado derecho por cuarenta días para simbolizar los pecados del pueblo de Judá (cf. Ez 4,6). También en la historia de Noé y el Diluvio Universal, llovió por cuarenta días y cuarenta noches (cf. Gén 7,4-17), y antes de que David peleara con él, el filisteo Goliat desafió al ejército israelí por cuarenta días (cf. 1 Sam 17,16).

Podríamos proponer más ejemplos, como los cuarenta días de Jesús después de su resurrección y antes de su ascensión al cielo (cf. Act 1-3). Pero lo que es importante aquí es que “cuarenta días” es un tiempo necesario y precioso en el que Dios trabaja poco a poco en el corazón humano. En medio del desierto, Dios iba abriendo un camino de la esclavitud de Egipto y de la aridez del desierto del Sinaí, a la Tierra Prometida, a un paraíso nuevo. Por medio de la predicación del profeta Jonás, Dios ofrecía a Nínive el tiempo de su acción paciente: cuarenta días para convertirse y llegar a ser una ciudad nueva. En definitiva, cua-

renta días es el tiempo oportuno en el que Dios quiere mostrar su poder en nuestras vidas.

Memoria del futuro

Recuerda, hombre, que tú eres polvo (cf. Gén 3,19). Recuerda. El trabajo de Dios en estos cuarenta días comienza con una llamada a ejercitar nuestra memoria. El Señor nos da esos cuarenta días para recordar, es decir, para ponderar en nuestro corazón. ¿Qué es lo que debemos traer a nuestro corazón?

Recuerda, hombre, que tú eres polvo..., pero el Señor te ha escogido para ser su discípulo. Recuerda que la misericordia y el amor de Dios duran para siempre. La Cuaresma quiere que nos acordemos del don, de la gran vida que hemos recibido. Por supuesto, esto implica recordar el gran momento en que el agua de la Pascua cambió nuestra vida: el bautismo.

La Cuaresma es un tiempo especial para recordar el gran don de nuestra transformación en hijos de Dios y miembros de la Iglesia. El bautismo fue el comienzo de una nueva vida en Cristo. Más tarde, recibimos el don de la primera confesión, el abrazo del Padre siempre abierto al humilde y al manso. Luego vino la primera comunión, el Cuerpo de Cristo, su compañía para la vida cotidiana, y la confirmación, la nueva fortaleza y valentía del Espíritu Santo. Después, quizás, vino el don del matrimonio y la responsabilidad de los padres, o el don del sacerdocio y la vida religiosa.

El recuerdo de los dones divinos nos lleva a mirar al futuro que se nos ha prometido y que se nos ha dado como semilla. Dios desborda nuestras expectativas y nuestra imaginación. Ya

somos hijos de Dios. Y, sin embargo, ¡aún no se ha manifestado lo que seremos, lo que llegaremos a ser! (cf. 1 Jn 3, 2). Dios no dejará de sorprendernos.

¿Tiempo centrado en uno mismo?

No “mi camino” sino “nuestro camino”

Si quieres recordar tu bautismo, no puedes permanecer solo. Probablemente, recibiste tu bautismo cuando eras un bebé, y no puedes recordar nada de aquel día a menos que les preguntes a tus padres, al sacerdote, o a tus hermanos. Estabas allí, pero eras incapaz de guardar aquella memoria. Y aunque hubieras sido bautizado ya siendo un adulto, necesitas de los demás para recordar mejor. Recordar es un acto comunitario. Aislado, no puedo recordar bien; separado de los demás, tiendo a deformar el pasado.

Por tanto, la Cuaresma no es *mi* camino sino *nuestro* camino, el camino de mi familia hacia la Pascua. No es solo tiempo para mí mismo, para *mi* conversión, para *mi* crecimiento espiritual... A veces podemos pensar en la Cuaresma como en un “tiempo narcisista”, centrado en mi mismo, en mis virtudes y vicios. Cuando la vivimos así, como algo individual, se convierte en un tiempo realmente triste y duro en el cual se nos llama a agachar la cabeza y repetir “Yo no soy nada, yo no soy nada...”

Pero la Cuaresma es todo lo contrario. El corazón de la Cuaresma no soy yo sino los otros: aquellos que necesitan mi limosna, mi oración y mi ayuno. La Cuaresma es un tiempo para mi familia, mi comunidad y, por esa razón, es un tiempo de alegría. No es la alegría de la Pascua, por supuesto, sino la alegría serena y profunda del peregrino que camina con un gran compañero y amigo. Estos cuarenta días no son solo para

recordar que no soy nada, ceniza, un pecador sin esperanza... sino para profundizar el misterio de la misericordia de Dios. No se trata de que “yo no soy nada,” sino de que “Tú, Oh Dios, lo eres todo, y tú me llamaste para estar contigo.” ¡Tú necesitas mi “nada,” mi pobreza! Por esta razón, la Cuaresma nos ayuda a entender que “la Iglesia no es un refugio para el triste, sino la casa de la alegría” (Papa Francisco).

La Cuaresma no es un tiempo centrado en nosotros mismos sino en Cristo. Se nos invita a descubrir de nuevo el corazón de Cristo y entrar al misterio de su vida. Se nos llama a convertirnos en discípulos de su corazón. Cuando miramos a Cristo, surge en nosotros el deseo de participar en su gran amor. Por esa razón, como tiempo centrado en Cristo, la Cuaresma nos llama a dar limosna, y a orar y ayunar por aquellos en necesidad. Se trata de un tiempo para olvidarnos de nosotros mismos, nuestros sufrimientos, luchas, preocupaciones...y cuidar de los sufrimientos de los demás. ¿Cómo le va a mi esposa, mis hijos, mis padres, mis hermanos y amigos, mis vecinos? Te invito a que leas estas breves meditaciones todos los días junto con tu familia, quizás inmediatamente después de la cena. Finalmente, como tiempo centrado en Cristo, la Cuaresma es una época especialmente propicia para la misión. ¡Sal de tu casa y anuncia el Evangelio del Señor!

Preparar la alegría, preparar la fiesta

Desde esta perspectiva, podemos entender que la Cuaresma no es tiempo de tristeza sino de esperanza. La alegría de la Pascua será posible si la preparamos durante la Cuaresma. Así como es necesario preparar una fiesta o con la celebración de un

cumpleaños, así también es preciso “preparar” el corazón para la alegría. Para recibir el gozo perdurable de Cristo, necesitamos caminar hacia Jerusalén con él, participando y compartiendo sus alegrías y sufrimientos, lo cual implica sacrificio, penitencia, ayuno, limosna...

Comencemos este camino con el Señor. La Cuaresma es una época privilegiada de peregrinación interior hacia Aquél que es la fuente de la misericordia. Es una aventura en la que Cristo mismo nos acompaña por el desierto de nuestra pobreza, sosteniéndonos en nuestro camino hacia el júbilo de la Pascua de Resurrección (cf. Benedicto XVI, *Mensaje para la Cuaresma*, 2006).

Es nuestro camino, el camino de nuestra familia, tal vez leyendo estas páginas juntos todas las noches después de la cena. Subamos con Jesús a Jerusalén. “Vamos también nosotros a morir con él” (Jn 11,16). Si con él morimos, reinaremos con él (cf. 2 Tim 2, 11).

Tiempo para grandes elecciones

Comienza esta Cuaresma con grandes deseos en tu corazón. La Cuaresma es un tiempo muy especial para grandes elecciones. Tal vez eres estudiante de bachillerato, o ya estás en la universidad, y quieres conocer el plan de Dios para tu vida. Deseas ser santo y amigo de Cristo y quieres saber si el Señor te está llamando a alguna vocación especial, a la vida religiosa. O quizás ya estás en el camino de la santidad del matrimonio y la familia, o el sacerdocio y la vida religiosa. En cualquier caso, esta Cuaresma es un tiempo para la conversión y para recordar

la sorprendente generosidad del Señor contigo. Pídele al Señor: “¿Qué quieres que haga?”

Te invito a comenzar esta Cuaresma con el corazón de Pablo y Zaqueo. Imita en Pablo su radicalidad y disponibilidad para cambiar planes y rutas: tu universidad, el horario y las prioridades de tu familia, la manera como hablas de tu cónyuge... si Jesús te lo pide. Como Zaqueo, sé generoso y ofrece tu casa, tus talentos, tu vida entera al Señor. Él es el gran tesoro. No tengas miedo. ¡No pongas límite a su acción!

De la ceniza al agua: Mirar a Cristo, encontrarse con él y seguirlo

La Cuaresma es un tiempo centrado en Cristo. Él será el corazón de estos cuarenta días. Queremos fijar nuestros ojos en él, encontrarnos con su mirada de amor, y lanzarnos a seguirle. En las primeras dos semanas de Cuaresma, vamos a contemplar a Cristo para conocer su corazón. En las siguientes tres semanas el encuentro con el misterio de su persona nos moverá a amarlo más y más. Y finalmente, a través de este conocimiento y amor, escucharemos su invitación: ¡Sígueme!

Como ceniza, pobre y sucia, necesitamos primero que Jesús nos mire. Su mirada compasiva es el comienzo de nuestra esperanza. Sus ojos, como los rayos del sol, tienen un poder especial. Solo cuando Jesús nos mira, podemos nosotros contestar con nuestros ojos y mirarlo a él.

Durante los dos primeros domingos de Cuaresma, buscaremos a Cristo en las montañas, sufriendo las tentaciones del demonio y revelando su gloria transfigurada. Nos tocará ser

montañeros y contemplar a Cristo como verdadero hombre —tentado como hermano nuestro— y verdadero Dios, Hijo de Dios y Luz del Mundo.

Después de mirar a Cristo y conocerlo mejor, la Cuaresma nos invita a encontrarnos con Él y entrar así en una nueva vida. Durante los tres domingos siguientes consideraremos la vida de varias personas que conocieron a Cristo y descubrieron un nuevo horizonte en su vida. La samaritana, el ciego de nacimiento, Nicodemo, Lázaro, los cobradores de impuestos y los pecadores encontraron a Jesús y descubrieron en él la fuente de la vida, la luz del mundo, el nacimiento en el Espíritu, la vida eterna, y el verdadero tesoro. En estas semanas, mirando a Cristo que es agua, luz, fuego... recordaremos el don de nuestro bautismo.

Las últimas dos semanas de la Cuaresma son una invitación a seguir a Cristo. ¿Alguna vez has pensado en dónde estaba la mujer samaritana durante la Pasión de Jesús? ¿Y el valiente ciego? ¿Y su mejor amigo, Lázaro? No sabemos dónde estaban ellos durante aquellos días. Lo sabremos en el cielo, cuando podremos hablar con ellos con tranquilidad, y preguntarles muchas cosas sobre Jesús. Podemos suponer en todo caso, como pasó con Juan y Pedro —y aun con Judas— que no fueron indiferentes a los sufrimientos de Cristo. Ellos también lo siguieron, probablemente con miedo y debilidad, y sufrieron con su dolor.